

DEL SEÑOR OBISPO

Homilias

HOMILÍA DE LA MISA DE ACCIÓN DE GRACIAS POR LA BEATIFICACIÓN DE D. JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ (27-6-92)

Queridos hermanos:

Las lecturas de la Palabra de Dios que acabamos de escuchar están muy bien escogidas, para que esta Acción de Gracias a Dios por la Beatificación de D. José María Escrivá y este comentario homilético mío se conviertan en un estímulo para nuestra propia santificación, o con otras palabras, para nuestra perfección de vida cristiana.

Cuando el actual Beato José María, a lo largo de su vida, fue expresando, cada vez con mayor claridad, con la palabra y con el ejemplo, que todo el "negocio" de la vida cristiana consistía en alcanzar la santidad, no estaba expresando otra cosa sino que había entendido muy bien aquellas palabras que San Pablo escribió, en la primera de sus cartas conocidas a los Tesalonicenses: *"Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación"*.

De esta voluntad tan clara de Dios a que nosotros, sus hijos, todos los hombres, caminemos en este mundo hacia nuestra santificación, se hizo amplio eco la Iglesia de todos los tiempos. Y más concretamente, en nuestros tiempos, el Concilio Vaticano II, que dedicó amplio espacio para exponer *"la vocación universal a la santidad"* a la que todos los hombres y mujeres estamos llamados, también y en particular los seglares, por el solo hecho de reconocernos hijos de Dios y haber recibido él y la gracia inmerecidos del Bautismo.

"Todo el Pueblo de Dios —ha dicho recientemente el Papa Juan Pablo II, en su Exhortación Apostólica "Christifideles Laici", tras el Sínodo de los Obispos sobre los seglares— "todo el pueblo de Dios" —repito— y en particular los fieles cristianos seglares, pueden encontrar

nuevos modelos de santidad y nuevos testimonios de virtud heroica, vivida en las condiciones comunes de la existencia humana".

Me atrevería a deciros, al considerar la primera lectura que se nos ha leído, que esa voluntad de Dios acerca de nuestra común santificación, tanto de quienes se consagran a Dios en el sacerdocio o en la vida religiosa, que somos los menos, como de los que siguen la vida seglar, que son con grande diferencia los más, **es una voluntad eficaz**. Es decir, que se cumple, que consigue su objetivo, respetando, siempre la libertad de decisión del hombre, sin la cual nosotros careceríamos de todo mérito y de toda posibilidad, incluso de participar en nuestra propia santificación. Y entiendo que se cumple, con sólo considerar la visión de San Juan en su libro sobre el Apocalipsis.

Juan nos dice que *"oyó en el cielo como un gran ruido de muchedumbre inmensa, que decía: Aleluya"*. Era la muchedumbre de los bienaventurados. Considerad ahora conmigo, simplemente con los ojos humanos, el espectáculo de Roma en días recientes, por ejemplo cuando la beatificación del Padre José María Escrivá, con la concurrencia extraordinaria de cientos de miles de personas y el gran clamor que se elevaba al cielo, y comparadla con aquella **inmensa muchedumbre** que Juan veía en el cielo, llena de alegría. ¿Es que, acaso, no debemos concluir que esa muchedumbre inmensa expresaba, de hecho, cuan grande es el número de los bienaventurados, aún en comparación de los que aquí en la tierra vivimos, una minoría de los cuales únicamente alcanzan el honor de ser beatificados por la Iglesia?

Pero ésto debe ser sólo motivo de satisfacción y de esperanza, para cuantos experimentamos los trabajos, sinsabores, tentaciones e incluso caídas, de que está lleno todo el decurso de nuestra vida mortal, sino —sobre todo— estímulo para nuestra Acción de gracias al Señor. El propio San Juan, después de subrayar fuertemente el Aleluya que salía de las bocas de aquella muchedumbre de bienaventurados, añade: *"La salvación y la gloria y el poder, son de nuestro Dios"*. Y al final del texto que comento, la voz de Dios le añade: *"Escribe: dichosos los invitados al banquete de las bodas del Cordero"*. Estos invitados son los mismos que, desde antes de nacer, Dios mismo los había amado y traído al mundo, con una voluntad universal de que se salvaran. Sin duda, con

su cooperación, sí, con su fidelidad, con su esfuerzo, que también de ésto tenemos que hablar.

Pero sobre todo, porque la voluntad salvífica de Dios es eficaz, a poco que nosotros cooperemos con sus dones gratuitos, inmerecidos. San Pablo, en su carta a los Romanos —segunda de las lecturas que hemos escuchado— dice: *"El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad..."* y *"el mismo Espíritu intercede por nosotros, con gemidos inefables"*.

Por nuestra parte, lo que se nos pide es que amemos a Dios, que reconozcamos su bondad para con nosotros, que tratemos de corresponder a ella. Porque *"Dios nos predestinó a ser imagen del Hijo, para que él fuera el primogénito de muchos hermanos"*. Y *"a los que aman a Dios todo les sirve para el bien"*. Porque, predestinados a ser imagen del Hijo, *"Dios es quien los llamó, a los que llamó los justificó, a los que justificó los glorificó"*. Es decir, que *"todo es gracia y don"*, todo es gratuidad y amor generoso de Dios, con tal de que en nosotros haya ese mínimo de amor que Dios espera de todos los hombres que le descubren y le reconocen.

Pero veamos también cómo la Tercera Lectura nos explica un poco qué es lo que, por nuestra parte, nos toca hacer. Cuando Jesús, según nos dejó escrito San Lucas en su Evangelio, en el principio de su misión evangelizadora, subió a la barca de Simón, al que luego puso por nombre Pedro, y a la vista de que él y algunos compañeros suyos de pesca no habían logrado capturar peces, les indicó que echaran entonces las redes y ellos, obedeciendo, obtuvieron una redada excepcional, Pedro, asombrado como sus compañeros por lo que acababa de ver, se echó a sus pies, diciendo: *"¡Apártate de mí, Señor, que soy un pecador!"*. Pero Jesús le respondió: *"No temas: desde ahora, serás pescador de hombres"*. Los evangelistas S. Mateo y S. Marcos nos dicen que esta frase fué dirigida, en otra ocasión, a Pedro y a su hermano Andrés. Pero toda la tradición cristiana ha comprendido que esa frase iba dirigida a todos los que, a lo largo de los tiempos, serían discípulos de Jesús.

Somos todos, queridos hermanos, los llamados a ser *"pescadores de hombres"*. No sólo los misioneros, no sólo los sacerdotes, no sólo las religiosas y los religiosos, que hacen profesión explícita de apostolado

evangelizador. Mas ¿cómo, entonces, podemos serlos todos, sin excepción, los cristianos, desde el momento mismo en que fuimos santificados ya por la gracia del Bautismo?

No quisiera cansaros con una larga exposición, como requeriría el tema, que, en síntesis, explícita cómo nosotros debemos participar con el amor gratuito de Dios en nuestra propia santificación. Pero me vais a permitir que os haga, siquiera, un breve y sintético esbozo de este aspecto, importantísimo sin duda, por ser condicionante, de una santificación que es, en principio, voluntad eficaz de Dios y, en definitiva, don de Dios.

Ser "*pescadores de hombres*" significa, si yo no entiendo mal el meollo fundamental del Evangelio, "*amar al prójimo*", amar a los hombres, con un amor que no es —advertidlo bien— el mero amor humano, por limpio y grande que éste sea, sino "*el amor de Dios que ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado*", gratuitamente.

En efecto, ser "*pescadores de hombres*" es testimoniar delante de ellos el amor gratuito de Dios, que está en nosotros y obra en nosotros, para que amemos a nuestros hermanos. Y ésto, ante todo, significa "*que los hombres vean que amamos a Dios*" de verdad, sin proclamarlo, pero mostrándolo con obras. Viviendo interiormente unidos con Él por la oración, la reflexión, el examen, el discernimiento, la jaculatoria breve pero frecuente, si es posible permanente. Es decir, viviendo de tal modo unidos por amor con Dios que, a la corta o a la larga, los demás descubran que verdaderamente hay en nosotros un sólo y gran amor: el amor a Dios. Nuestra red, nuestra caña de pescar, es el amor de Dios, mostrado y demostrado, sin más profesiones ni declaraciones, con obras.

Si el cristiano ama a Dios así, ama a su hermano. Al amar a Dios, su hermano se edifica, se siente interpelado, quizás bien pronto se interroga, descubre nuestro secreto. En el fondo, descubre que le amamos, que no podemos menos que amarla, porque amando al que es Padre de todos, de él y de nosotros, no podemos dejar de amarle a él.

Ser pescador, entonces, supone... simplemente ser cristiano. Ved lo que dice el Señor: Quien quiera ser mi discípulo, niéguese a sí mismo.

Quiere decir, no se ame exclusiva, principalmente, constantemente, a sí mismo. No busque para sí mismo todo lo que el hombre puede apetecer aquí en el mundo: el dinero, el honor, el placer, el poder, el lujo, la superioridad. Ame a su prójimo como a sí mismo; como él quisiera ser amado y reconocido por su hermano. Así lo "*pescará*", lo atraerá a la red del amor de Dios.

Lo "*pescará*" igualmente, mostrándole que le ama en su trabajo, en el cumplimiento de sus deberes que, ordinariamente, le relacionan con sus hermanos; apareciendo, y siendo, honrado las 24 horas del día, haciendo bien lo que debe hacer o lo que se propone hacer, delante de los hombres, en servicio casi siempre de los hombres, poniendo los cinco sentidos en lo que hace, "*con toda el alma*", como diría San Pablo. Mandando bien, sin manda, y respetando al prójimo, u obedeciendo bien —al que manda, a las justas leyes, a las normas que regulan su vida en cualesquiera grupos o instituciones humanas, incluso religiosas— no buscando arteramente su propio provecho o beneficio, o satisfacción, o preferencia, de donde nacen todas las discordias y conflictos, todas las tensiones, violencias y guerras entre los hombres. Será siempre, "*pescador de hombres*", porque les atraerá hacia las mismas virtudes de honradez, de sinceridad, de espíritu conciliador y de paz, de respeto y amor mutuo.

Ser pescador de hombres es ser esposo o esposa responsables, amantes y respetuosos el uno del otro, sinceros, abiertos, humildes, pacientes, perdonándose mutuamente si se da alguna ofensa o desden mutuos. Es ser padre responsable en la educación de los hijos, no descargar ninguno de los dos sus obligaciones, como padre o como madre, sobre el otro, cuando se trata de educar, velar por sus hijos, llevarles por el camino cristiano con su ejemplo, tanto si son varones como si son mujeres, porque unos y otras necesitan de uno y de otro progenitor.

Ser pescador de hombres, en fin y por tener término a un tema que necesita ser amplia y profunda reiteradamente recordado y conocido por todos los cristianos, pero particularmente si son seglares, ser pescadores de hombres es sentir verdadera preocupación por los demás, en general, por el bien común de la ciudad o pueblo en que habitamos, por el de la religión o país a los que pertenecemos. Por la honradez en

el ejercicio de la profesión propia. Por la obediencia a las leyes justas. Por la cooperación y solidaridad en el cumplimiento de los deberes cívicos. Por el rendimiento en el trabajo. Por la capacitación profesional permanente y el esmero en la realización del propio trabajo, la obra bien hecha, con los cinco sentidos, o como dice San Pablo "*con toda el alma*". Por el espíritu de caridad, que es inseparable del espíritu de austeridad y de pobreza, a imitación de Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con sus dones. Por su participación consciente y responsable en la vida pública, en la opinión pública, en una palabra, en el bien de todos, en la medida que se puede esperar de un cristiano.

Perdonadme si me he alargado algo más de la cuenta. Pero, como vosotros sabéis bien, si atendemos al modo como el nuevo Beato de la Iglesia vivió y enseñó, estas aplicaciones prácticas de los grandes principios que nos recuerdan los textos de la Palabra de Dios, fluyen como arroyo de agua clara y cristalina que salta hasta la vida eterna.